

muy hermoso su resplandor» (1). Una proporción y armonía perfectas, una variedad viva en una unidad plena, tales son, fuera de las que antes dijimos, las escelencias que tanto contento nos dan en el arco iris. Bella es la combinación de colores diversos cuando la inteligencia ordenadora sabe elegirlos y colocarlos en la debida proporción, es á saber, de forma que convengan unos con otros y cada cual con el todo á que pertenezcan, que mutuamente se completen y constituyan por su unión el todo mismo que se desea. En esta mezcla armónica no tiene rival la naturaleza. Porque á ninguna de las artes es dado imitar el colorido incomparable que vemos, por ejemplo, en el juego de los colores que admiramos en el cuello de la paloma, en la cola del pavon, en la pintada veste de muchos insectos, en diversas flores; el que se nos ofrece en los colores suavemente fundidos del cielo, en los reflejos de un paisaje montañoso ó en la salida y puesta del sol.

42. Las cuatro cosas hasta aquí indicadas, donde está, segun hemos dicho, la belleza de los objetos corpóreos, son percibidas por medio de los ojos; resta, pues, la quinta que es el tono, única que percibe el oído. Ante todo debemos prevenir acerca de él la confusión de ideas de que hablamos arriba (40). Lo mismo que en la

(1) Eccli. 43, 12.

luz y los colores, hay necesidad de hacer en los tonos la distinción conveniente entre su belleza respectiva y la propiedad que los hace deleitables al sentido. ¿En qué consiste, pues, la esencia de su belleza?

Considerado bajo un punto de vista material, es bello un tono, cuando por un modo casi análogo á los colores percibimos en él limpidez, claridad, perfección segun su especie, es decir, aquel desenvolvimiento y plenitud que conviene con la posición que ocupa en la escala. A lo cual se allega principalmente el movimiento contenido en cada tono, como la causa en el efecto; porque «¿qué otra cosa es el sonido sino la voz que sale de todo cuerpo que se mueve?»

(1) Pero fuera de estas propiedades, tendremos en el tono una razón sin comparación más excelente de su belleza considerando aquella significación recóndita que la naturaleza ha dado á los tonos, y de un modo inmediato á la voz humana; la cual significación pasa de esta voz á todos los tonos más ó ménos, y es de todo punto inseparable de ellos. Los tonos de la voz humana son la encarnación de los afectos del alma, la forma en que se dejan ver los acordes del corazón, los signos naturales del sentimiento. Como en los colores, así también en los tonos esta es la causa por qué lo que cautiva nuestro cora-

(1) Herder, Kalligono, I. pág. 102.



zon es la belleza de lo espiritual, de lo invisible revelado en ellos: belleza que poseen los tonos en grado inmensamente más alto, por un modo mucho más perfecto que los colores, como quiera que los últimos no son, ó no son en el mismo grado que los tonos, la expresion *natural*, y por lo mismo universalmente inteligible y clara de lo invisible.

Por lo dicho se puede fácilmente venir en conocimiento de los elementos de la belleza, de donde se origina el deleite que nos causan las combinaciones de los tonos. Lo que nos cautiva así en estas como en las de los colores, es la proporción, el orden, la unidad en la variedad, la armonía, pero principalmente nos cautivan el movimiento, el ritmo, la vida y más que todo la belleza espiritual de los afectos interiores, de la armonía moral del corazón, de la cual recibe su expresión más acabada la armónica combinación de los tonos. «La armonía que nos encanta en los tonos,» dice Plotino, «es el efecto de la armonía interior del alma; por lo cual forman los tonos una expresión visible, con que nos elevan al conocimiento de la belleza invisible» (1). La contemplación de esta belleza espiritual es lo

(1) Αἱ δὲ ἀρμονίαι ἐν ταῖς φωναῖς, αἱ ἀφανεῖς τὰς φανεράς ποιήσασαι, καὶ ταύτην τὴν ψυχὴν σύνεσιν τοῦ κελοῦ λαβεῖν ἐποίησαν, ἐν ἄλλῳ τὸ αὐτὸ σείξασαι. Plotin. de Pulchrit. 3, ed. Basil. 53. A. Creuzer 22.

El pasaje es incompleto. Marcilio Ficino traduce: Harmonias,

que principalmente nos deleita. No solo en el canto del hombre ó de la mujer, no sólo en la música ó en los graves sonidos de un coro de campanas armónicamente concertadas, sino hasta en el alegre gorgo de los pájaros, en los hechiceros acentos del ruiseñor, en el canto matutino de la golondrina cuando remonta su vuelo, no es otra cosa lo que nos embelesa, sino la expresión de los sentimientos de nuestro propio corazón, del corazón humano.

43. Hemos indicado, aunque someramente, todos los elementos de que se compone la belleza de las cosas corpóreas, de cuya unión resulta la belleza de la naturaleza toda. Y hemos indicado también en las cosas hermosas del mundo visible, al modo que lo hicimos refiriéndonos á la belleza del espíritu, las razones en cuya virtud tienen esas cosas, precisamente á causa de su belleza, una verdadera relación de semejanza, de armonía con el espíritu. Ahora resta que procedamos por un modo igual con respecto al hombre. A este debemos considerarlo en una esfera separada así del mundo visible como de los espíritus puros, pues en realidad tiene una esfera completamente propia, como quiera que en él se hacen una sola substancia el espíritu y la materia, y que su belleza debe constar por consiguiente de estos dos elementos. Así es en realidad. El alma humana en su calidad de substancia inteligente y libre, es bella como los espí-



ritus puros; el cuerpo humano, en su calidad de organismo puramente animal, posee su respectiva belleza, la belleza consiguiente á la perfeccion y organizacion armoniosa de sus miembros y á la virtud del color vital difundido por todo su exterior (1); la belleza del hombre estriba pues en la junta, compenetracion y sucesion de esas dos especies de excelencias, en la manifestacion de la belleza espiritual en la belleza corpórea.

«El corazon contento,» dice el sábio, «hace rebosar la alegría en el semblante» (2); «el corazon del sábio amaestrará su lengua y añadirá gracia á sus lábios» (3). «La sabiduría del hombre hace que resplandezca su semblante, pero

---

quae sunt in vocibus, aliae quae latent in anima faciunt, et ad sensum usque producunt, atque ita faciunt, ut anima percipiat pulchri notitiam, idem in alio demonstrantes.

(1) Pulchritudo corporis in hoc consistit, quod homo habeat membra corporis bene proportionata cum quadam debiti coloris suavitate. Thom. S. 2, 2. p. q. 145. a. 2.

Quid laudant in corpore? nihil aliud video quam pulchritudinem. Quid est corporis pulchritudo? Congruentia partium cum quadam coloris suavitate. Aug. ep. 3 al 151, ad Nebridium n. 4. Cfr. de civ. Dei 22, c. 19, n. 2.

Et ut corporis est quaedam apta figura membrorum cum coloris quadam suavitate, ea quae dicitur pulchritudo: sic in animo opinionum judiciorumque aequabilitas et constantia, cum firmitate quadam et stabilitate, virtutem subsequens, aut virtutis vim ipsam continens, pulchritudo vocatur. Cic. Tusc. Quaest. 4. c. 13. n. 31. Cfr. de off. 1. c. 28. n. 98.

Τὸ σωματικὸν κάλλος, συμμετρία μελῶν καὶ μερῶν μετ' ἐνὸς ἁριστοῦ. Clem. Alex. Paedagog. 1, 3, c. 11. Potter. 291.

(2) Prov. 15, 13.

(3) Prov. 16, 23.

la obstinacion lo desfigura» (1); «el corazon ó interior del hombre le hace demudar el semblante ó en bien ó en mal» (2); «por el semblante es conocido el hombre; y por el aire de la cara se conoce el que es juicioso. La manera de vestir, de reir y de caminar del hombre dicen lo que él es» (3). En una palabra, por efecto de la union substancial del alma y del cuerpo el interior del hombre, las cualidades de su carácter, la cultura de su espíritu, la disposicion actual y habitual de su ánimo se muestran visiblemente en sus ojos y en su mirada, en el color y en los rasgos de su semblante, en su actitud corpórea, en los movimientos de sus miembros, en todo su porte, y principalmente en su conversacion, en el tono y expresion de la voz. «¿Quién hay que pueda ni siquiera mirar á un hombre dado á la intemperancia, á la lujuria, ó alterado por una conmocion violenta? Porque estos estados interiores imprimen en todo su porte exterior su repugnante sello; asi como por el contrario, la hermosura del alma se echa de ver en la forma visible de un hombre noble» (4). Sulzer ha tratado expresamente de este hecho y defendido su realidad contra ciertas objeciones y excepciones que parecen serle contrarias. «No se ponga, di-

---

(1) Ecclesiast. 1, 8 (segun el texto hebreo).

(2) Ecclesiast. 13, 31.

(3) Ibid., 16, 26 y 27.

(4) Basil. in ps. 29. n. 5. Maur. p. 129.



ce, en olvido, que hay fisonomías inteligentes y obtusas, perspicaces y simples, benignas y malignas, nobles, venerables, y bajas, abyectas, ni que los juicios sobre el carácter de los hombres por lo que nos dice su aspecto, se forman en consideración no solo á los lineamentos del semblante, sino también á todo su exterior. Los ejemplos indubitables en que se ofrecen por de fuera rasgos inequívocos de carácter, son harto suficientes para demostrar la posibilidad de que el alma se haga visible en el cuerpo. Esto es tan cierto, que nunca sucede que lo que agrada en lo que parece por fuera, indique con relación al interior cosa alguna capaz de causar disgusto, por más que este se origine de error ó preocupación (1)... El hábito exterior puede por consiguiente expresar el carácter interior del hombre; y cuando esto sucede, la complacencia que tenemos en el mérito intrínseco del hombre, tiene la parte principal en el efecto agradable que en nosotros causa la forma visible; apreciamos y valuamos por lo que exterior y visiblemente se nos ofrece, las dotes internas é invisibles. Así en el cuerpo conocemos el alma.»

«De entre la luz de los ojos y las rosas de las mejillas se vé brotar una luz más excelente, una hermosura más esplendorosa.»

(1) Sulzer hubiera debido decir: «por más que aquella complacencia ó este disgusto proceda de error, preocupación ó pasión.»

«Aun antes que se abra la boca, antes que un miembro cualquiera se mueva, vemos si la primera ha de abrirse en efecto, y si el segundo ha de ser movido por un sentimiento más suave ó más enérgico. Hasta en los momentos en que todos los miembros gozan del más perfecto reposo, adivinamos, por decirlo así, si serán movidos con celeridad ó lentitud, con gracia ó sin ella» (1). Oigamos ahora á un maestro de mucho mayor renombre. «Aun en la hermosura del cuerpo,» escribía Clemente de Alejandría después de haber exhortado á las mujeres á dar de mano al vano adorno y á buscar el verdadero, «aun en la hermosura del cuerpo, la virtud es la sola cosa que se hace visible en el rostro y derrama su encanto en él, no de otra suerte que hermocean al hombre exterior la amabilidad de la inocencia, la bondad del corazón. En las plantas, en los animales, nadie duda que la belleza consiste cabalmente en la proporción que á su naturaleza conviene. Lo que al hombre lo hace perfecto, es la rectitud, es la sabiduría, la fortaleza, el temor de Dios. Bello es por consiguiente el hombre recto, el hombre sábio, en una palabra, el hombre bueno, no el que posee las riquezas de la tierra» (2).

(1) *Teoría universal de las bellas artes*. Con Sulzer convienen en este punto Hugo Blair y Herder.

(2) Clemente Al. *Paedag.* I. 2, c. 12. ed Potter. p. 243.



Bella de verdad es la pintura que Shakespeare nos hace en Cordelia, la hija menor del infortunado rey Lear, del amor infantil que tenía á su padre, el cual la habia desheredado injustamente, y del íntimo dolor que le causaban sus desgracias, y la execrable ingratitud de sus hermanas. El leal conde de Kent le ha informado en una carta de la innoble brutalidad de las últimas y del estado del anciano rey, expulsado sin piedad; el mensajero vuelve y le hace esta relación:

KENT. ¿Causó la carta alguna aflicción á la reina?

EL CABALLERO. Sí señor; leyóla en mi presencia rodando de vez en cuando gruesas lágrimas por sus mejillas; parecióme que ella era señora de su dolor, al cual aunque á rebelde procuraba dominar.

KENT. ¿Con que tan grande fué su conmoción?

EL CABALLERO. Grande sí, pero no colérica. La paciencia y el dolor porfiaban por ver cuál de los dos le daban su más bella expresión. Sus miradas eran como la luz del sol en medio de pasajera lluvia. Su sonrisa, mezclada con lágrimas, como el hermoso Mayo; esta espiritual sonrisa que jugueteaba en torno de sus labios nubiles, parecia no tener conocimiento de las lágrimas que habia en sus ojos, las cuales se desprendían de ellos como perlas diamantinas. Lo diré en breve: hermoso sería el dolor si en todos se mostrase de esta forma.

KENT. ¿Y no hizo ninguna pregunta?

EL CABALLERO. Dos veces que entre suspiros sacó de su pecho el nombre de padre, como si su corazón estuviera oprimido, exclamaba diciendo: ¡Hermanas! ¡hermanas!—¡Afrenta de las mujeres! ¡Hermanas! ¡Kent!

¡Padre! ¡hermanas! ¡Cómo! ¡de noche y en medio de la tormenta! ¡No hay ya compasión!— Despues derramaba lágrimas santas por sus ojos llenos de magestad, y en seguida se arrancaba de allí presurosa para deshacerse á sus solas en llanto.»

Pero todavía resplandece con mayor belleza, realizada como está por excelencias sobrenaturales, la angélica Santa Inés en el siguiente retrato trazado por la pluma de un nuevo génio:

«Cuando Syra salía, casi retrocedió sorprendida al descubrir de pié, delante de la cortina de color carmesí oscuro, y en resplandeciente relieve, una persona á quien desde luego reconoció, y la cual vamos rápidamente á bosquejar.

» Era la de una dama, ó hablando con más propiedad, de una niña, pues no tendría arriba de doce á trece años, vestida toda de blanco y sin adorno alguno en su persona. Retratábanse íntimamente unidas en su semblante la candorosa ingenuidad de la niñez con la inteligencia de la edad madura. No solo moraba en sus ojos aquella inocencia de paloma (1), que describe el poeta sagrado, sino que continuamente los iluminaba la expresión de un afecto profundo y puro, como si los tuviese clavados más allá de los objetos que la rodeaban, en uno visible solo para ella y tiernamente amado. Su frente era el trono de la pureza y de la bondad; expansiva, tersa, franca y marcada con el sello de la lealtad. Una ligera sonrisa retozaba alrededor de sus labios, y sus flexibles facciones reproducían sin rebozo las impresiones que alternativamente recibía su sensible corazón. Los que la conocían, estaban persuadidos de que nunca pensaba

(1) «Tus ojos son ojos de paloma.» *Cantic. I, 14.*



en sí misma, y de que su existencia toda la absorbían la benevolencia hácia los que se acercaban á ella, y el amor al invisible objeto de su predileccion » (1).

La belleza del hombre la hemos visto resultar de tres elementos. En cada una de las dos sustancias que componen al hombre presupone su belleza propia; mas como el hombre es un ser visible, el esplendor de la hermosura del espíritu debe salir al semblante y á todo el exterior corpóreo. Este tercer elemento no faltará nunca donde concurren los otros dos. (2). La belleza interior, sin comparacion más excelente que la exterior (55—2), eclipsa en cierto modo á esta última; pero esto no obstante un hombre, *como tal*, no es completamente bello cuando su alma por más hermosa que sea, hace su morada en un barro deforme. La belleza corpórea sola sin la

---

(2) *Fabiola*, por el Cardenal Wisseman, c. V., traduccion de Calderon de la Barca.

(3) «Así como entre las cristalinas aguas de un torrente que se precipita sobre un prado, las flores de suyo bellas y amables, parecen todavía más bellas, así la hermosura del alma parece más espléndida cuando mora en un cuerpo hermoso, al cual comunica su claridad. La visible hermosura de la edad juvenil no es en realidad otra cosa que flores de la virtud que está por venir, que un como anuncio de una belleza madura. Bien lo echamos de ver complacidos cuando en una mañana temprano el sol que vá acercándose al horizonte envía delante de sí alguno de sus rayos, con que dora la cumbre de la sierra, prenda cierta de la luz del día. De esta suerte el lleno de la hermosura interior es precedido de una luz que embellece lo exterior del hombre; de lo cual se alegra el sabio atendiendo á la belleza más alta anunciada en esa forma.» MÁXIMO DE TYRO. *Disert.* 25, al. 9, n. 2.

interior, apenas merece el nombre de belleza (1). «La belleza en una mujer fátua, es como sortija de oro en el hocico de un cerdo (2).» Al que en un cuerpo bello, segun su especie, lleva un corazon vicioso, un alma deforme, fáltale tanto para hacerse partícipe de la belleza, como al que para llegar á juntar 1.000 le faltan 999 <sup>99</sup>/<sub>100</sub>. Y aun la mezquina partecica de belleza que tiene, no le sirve para otra cosa sino para hacer más repugnante su deformidad interior.

«Es espantosa la degradacion de la naturaleza viciada por una intencion torcida; con razon solo aquel hombre es horrible, que es tambien malo. Virtud es hermosura; el hombre malicioso es un brillante sepulcro blanqueado» (Shakespeare).

---

(1) No esto decir que la disposicion armónica de los miembros, el color fresco de la vida, la gracia de los movimientos, dejen de ser bellos en el verdadero sentido de esta palabra por efecto de la interna abyeccion del ánimo. Pero esta belleza la posee tambien el reino animal. Sobre todo no debe olvidarse que es una abstraccion de todo punto quimérica el querer en tratándose del hombre fijar los ojos solo en el cuerpo apartándolos absolutamente del alma. No siendo el hombre un mero agregado de dos sustancias, sino la verdadera unidad formada de espíritu y materia, síguese que luego al punto que el cuerpo es desamparado del alma deja de parecer como cosa humana, como parte del hombre. Admitido pues, como debe admitirse, que la naturaleza humana totalmente considerada es un todo reducido á unidad, no podría idearse imágen más adecuada de un hombre exteriormente bello con un alma depravada, que el monstruo descrito por Horacio en su epístola á los Pisones: bien que en tal caso debiera tomarse del hombre no ya la cabeza, sino los pies.

(2) Prov. 11-22.



Que en la belleza humana predominan las relaciones de armonía y semejanza que arriba señalamos, con el alma que las contempla, es una verdad que por sí misma se desprende de lo que hemos dicho acerca de la belleza de la sustancia espiritual y corpórea. Limitándonos á solo una de ellas, ¿qué otra cosa es aquella excelencia del hombre á que se dá el nombre de decencia, modestia, dignidad, *decorum*, sino el exterior racional del hombre mismo, la manifestacion del espíritu en el propio cuerpo, á la cual señorea y compone, y en cuyos movimientos y acciones, en cuyo ser todo se halla como la forma en su respectiva sustancia? (1)

44. Con esto damos por terminada nuestra demostracion. Hemos puesto de manifiesto que las cosas bellas son conformes á la naturaleza

---

(1) La belleza de los animales consta de los elementos de que hablamos arriba (n. 36—42,) discurrendo sobre la belleza de las sustancias corpóreas; y consiste señaladamente en la figura, el color y el movimiento. Muchos animales sin embargo, como la paloma, el cordero, el águila, el leon, tienen además algo peculiar que parece darles otra especie de belleza. Viene esto á ser una como sombra de aquellas excelencias morales que son lo que hay de más subido en la belleza del hombre, una semejanza de la expresion con que se hace visible en el último la belleza espiritual. Así en la paloma se nos ofrecen la sencillez y la pureza, la mansedumbre en el cordero, y en el leon la generosidad y nobleza de un corazon libre que mira con desden todo lo que es vulgar. Por donde estos y otros animales son simbolos de lo bello del órden espiritual, así como por el contrario el pavo, la marica, el mono, representan lo que disgusta en la deformidad opuesta. Una cosa igual pasa en el reino vegetal: la lengua de las flores solo se considera en el lirio, la violeta, el laurel, el sauce lloron.

y esencia del espíritu racional cabalmente en razon de las excelencias en cuya virtud son bellas, con las cuales tienen una relacion de conveniencia y semejanza. Si ahora recordamos la proposicion demostrada antes (25), segun la cual los objetos en que tal conformidad se muestra, excitan naturalmente nuestra benevolencia, podremos sacar rectamente esta conclusion: La belleza de las cosas segun su naturaleza es para nosotros esencial y necesariamente fundamento y objeto del amor propiamente dicho ó perfecto.